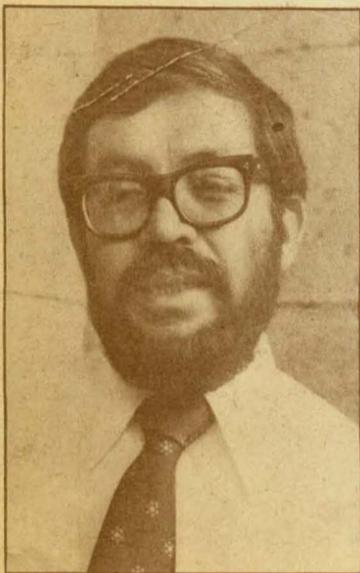


Alfonso Cravioto, un

Liberal Hidalguense

25 de Enero / 1984.

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



El martes próximo, 24 de enero, se cumplen cien años del nacimiento de Alfonso Cravioto, un liberal nacido en Pachuca, que es acaso el máximo prócer local de este siglo pero cuya tarea a lo largo de media centuria tuvo alcance nacional e internacional.

El gobierno del estado, y agrupaciones de estudiosos, como el Centro Hidalguense de Investigaciones Históricas, al influjo de Arturo Herrera, iniciarán ese día la celebración de este centenario, que no debiera tener sólo resonancia pueblerina, porque el personaje excede los límites de la ciudad y el estado en que nació.

(Digamos, entre paréntesis, que esta nueva promoción de Herrera se suma a la multitud de iniciativas culturales de las que

ha sido protagonista hace más de veinte años. Abogado, practicante del periodismo desde sus días estudiantiles, candidato a maestro en historia en la Universidad Metropolitana, desde que fue de Actopan a Pachuca a estudiar el bachillerato, en 1958, no ha cejado en su empeño de abrir los horizontes de la cultura a los habitantes, sobre todo los jóvenes, de la capital hidalguense y de otras ciudades de la entidad, incluida naturalmente la suya natal. Como funcionario responsable de actividades culturales en la Universidad de Hidalgo, o en el gobierno del estado, o en el Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia, no ha parado nunca en ese esfuerzo. Cuando el archivo histórico Casasola fue llevado a Pachuca, en 1977, a él le correspondió organizarlo y disponerlo para su consulta por el público. Fue una verdadera lástima que el espléndido, utilísimo trabajo que allí encabezó fuese frenado por intrigas burocráticas de tan largo alcance que ahora mismo, tiempo después de que se forzó su salida de allí, siguen teniendo eficacia. Puede decirse, sin exageración, que la fisonomía cultural de Pachuca y sus alrededores sería otra sin los empeños de Herrera, y que puede medirse el talante de las autoridades locales por el mayor o menor apoyo que prestan a las iniciativas, siempre desinteresadas, de quien ahora organiza y dirigirá el Archivo Histórico de Hidalgo).

Cravioto, que caminó del magonismo temprano, al principio de este siglo a una senaduría en tiempos de Ruiz Cortines, a la que llegó como candidato del PRI, fue un político pragmático, capaz de inscribirse con el mínimo desdoro en circunstancias fluctuantes, pero fue al mismo tiempo un hombre de espíritu, saboreador de las letras y las artes plásticas, a las que prestó servicios que no fueron todavía evaluados pertinentemente. A su impulso, como director de la revista *Savia Moderna* se debe que el doctor Atl organizara la primera exposición pictórica realizada por particulares en la Ciudad de México, en 1907, y en la que figuraron valores que despuntaban, como el entonces jovencito Diego Rivera.

El padre de Cravioto, el general Rafael, fue un cacique que prolongó su dominio político en Hidalgo durante veinte años, una docena de los cuales él fue personalmente el gobernador, en periodos interrumpidos por lapsos en que dejó el cargo a sus dos hermanos, Francisco y Simón. Caído en desgracia ante Díaz, por sus excesos y por celos del dictador mayor, su hijo, que nació cobijado por el poder, entraba en la adolescencia cuando conoció la orfandad de la marginación política de su padre. Por eso, y por tempranas convicciones adquiridas de sus profesores liberales en el Instituto Científico y Literario hidalguense (el positivista antecedente de la Universidad local de hoy), se afilió al partido de la oposición a Díaz, que se vistió galana y genuinamen-

te con el ropaje juarista y fue por lo mismo anticlerical. No fue casual, por ello, que el primer periódico en que escribiera y que dirigió, a los 17 años, se llamara *El desfanatizador*.

Miembro de los clubes liberales de Pachuca y de la Ciudad de México, se acercó a los hermanos Flores Magón, con quienes en 1903 compartió la cárcel y las vejaciones. Luego, los caminos de los oaxaqueños y del hidalguense se escindieron. Después de un lapso breve de retiro de la actividad política (que incluyó la fundación de la revista literaria y de artes que citamos, y un fructífero viaje a Europa), participó en la Sociedad de Conferencias que dio lugar al Ateneo de la Juventud, cuyos primeros presidentes fueron Antonio Caso, José Vasconcelos y el propio Cravioto. Su tránsito de esta posición (reputada por no pocos historiadores como preparadora de la Revolución, porque significó la remoción de los fundamentos culturales de la dictadura) al maderismo fue natural, ya que había sido desde 1903 notorio antirreeleccionista.

Era diputado a la XXVI Legislatura cuando Huerta traicionó a Madero, lo aprehendió y forzó su renuncia. Cravioto, a pedido de la familia de don Francisco, y creyendo de ese modo salvar la vida al Presidente, pidió, como orador singular, que la Cámara aceptara la dimisión. Esa decisión, y el que la legislatura continuara abierta después del homicidio felón de Madero y Pino Suárez, valieron a esa generación parlamentaria toda, y a Cravioto en particular, denuetos a los que supo contestar con la verdad.

Fue con Carranza funcionario de la Secretaría de Instrucción Pública, de la que llegó a ser titular interinamente. Acudió a Querétaro a la gestación de la carta constitucional de 1917 y le cupo el significativo papel de proponer la creación de un artículo, que fue el 123, destinado a expresar los derechos de los trabajadores. Declaró entonces en esa tribuna histórica que su liberalismo no podía ser el decimonónico, sino que estaba nutrido de corrientes socialistas, y hasta llegó a admitir la consecuencia inexorable de todo verdadero liberal, que es su conversión a libertario y su adhesión al anarquismo, aunque lo fuera sólo conceptualmente.

Fiel a Carranza, y creyente en el civilismo (sin apreciar que no había llegado la hora para esa corriente, y que en don Venustiano bullían además otras motivaciones) apoyó a Bonillas y acompañó a Carranza en su salida de la Ciudad de México rumbo a Tlaxcalantongo. Cuando el Presidente fue asesinado, Cravioto se abstuvo de asistir a la sesión del Senado (para el que había sido elegido en 1918) en que se designó presidente interino a Adolfo de la Huerta. Pero luego siguió en su escaño, como si la legalidad no se hubiera interrumpido. En dramáticas circunstancias como esa y como la de 1913, mostró comportamientos que acaso, con visión de hoy, debieran haber tenido otro cauce y otra conclusión. Cravioto no fue, indudablemente, un acomodaticio, porque no necesitaba serlo y porque pasados los trances definitivos seguía siendo lo que era, sin traicionarse, pero no llegó a romper con el régimen revolucionario que había contribuido a fundar, ni cuestionó en el fondo las coyunturas críticas en que le correspondió participar. Puesto que había mostrado desapego por su suerte personal, es imposible atribuirle tal actitud a conveniencia o timorotez, sino que acaso su origen está en una convicción, discutible pero frecuente en el sistema político, de que es permisible y debido el ajuste de las personas a las circunstancias.

Embajador durante veinte años, Cravioto volvió al Senado en 1952. Antes de morir tres años después, el 11 de septiembre de 1955, había entrado en la Academia de la Lengua, como reconocimiento de sus pares, los escritores mexicanos más sobresalientes, a su oratoria política y literaria y a su poesía, sobre todo la comprendida en *El alma nueva de las cosas viejas*, donde con erudición, gracia, ánimo poético y sentido de la crítica social se evocan los tiempos virreinales.

No de bronce, sino de carne y hueso, Cravioto fue un servidor de su nación (es decir de la gente) y de la república (es decir, de sus instituciones). Merece por ello ser recordado y que sus virtudes cívicas sean enaltecidas.